

bibliotecas españolas (incunables de Santiago de Compostela, Segorbe-Castellón y resto de la provincia de Castellón de la Plana, Teruel y Albarra-cín, Tortosa, bibliotecas franciscanas de Barcelona; manuscritos de Chi-piona, de la provincia de Castellón, de San Estanislao de Salamanca, de la Biblioteca Nacional sobre Juan de Ferreres; y los dos repertorios bi-bliográficos de Historia de la Teología en España, de los años 1981 y 1982). Este destacado acopio de documentación justificaría por sí mismo la colección que comentamos.

Tanto interés, o quizá más, tienen una serie de estudios originales, publicados por primera vez en los Cuadernos. Tales, por ejemplo: tres estudios mariológicos de Gaspar Calvo Moralejo; el «plan inédito para la evangelización de América», que edita Vázquez Janeiro; el estudio de Mu-ñoz Delgado sobre la renovación teológica de Vitoria y Cano; los numerosos trabajos subvencionados por el «Comité Conjunto Hispano-Norteameri-cano para Asuntos Educativos y Culturales», etc. En la serie se incluyen varios inéditos bajo-medievales y del XVI: de Pedro de Osma (ed. a cargo de Goñi Gaztambide), de Antonio Agustín (ed. a cargo de Flores Selles), de Vicente J. Antist (ed. de L. Robles), otro de Pedro de Osma (ed. de García y García y de Muñoz Delgado), etc.

Algunos Cuadernos rebasan ampliamente el período histórico acotado por los directores de la colección. Así, por ejemplo, un estudio sobre Amor Ruibal (obra de Muñoz Delgado), una monografía sobre Juan Martínez Nieto (también de Muñoz Delgado), una historia sobre la en-señanza del catecismo en el siglo XIX (preparada por León Esteban Mateo) y unas notas sobre la historia de la Lógica durante la II Repú-blica Española.

Pienso que los contenidos de la Colección han quedado suficiente-mente reseñados en las anteriores líneas, como también el interés que su consulta reviste para los estudiosos del pasado próximo español.

JOSÉ IGNACIO SARANYANA

Miguel Angel MEDINA O.P., *Una comunidad al servicio del Indio. La obra de Fray Pedro de Córdoba O.P. (1482-1521)*, Madrid, Instituto Ponti-ficio de Teología, 1983, 303 pp., 16 × 24.

Cercana ya la fecha del quinto centenario del Descubrimiento y Evan-gelización de América, son muchos los estudiosos que aportan el fruto de sus investigaciones sobre este tema. Sin duda que la reciente visita del Santo Padre Juan Pablo II (11-12.X.1984) a España y a la República Dominicana —lo que fue «La Española»— impulsará todavía más estos estudios, mostrando la aportación de la Iglesia Católica, tanto en el orden misional, como en su influencia en las «leyes de Indias», lo que merece cada día un reconocimiento mayor.

La Universidad Pontificia de Santo Tomás de Manila en su Instituto

de Teología de Madrid ya ha aportado dos grandes obras de actualidad. Una del P. Barrera O.P., *Ideología pastoral misionera en Bartolomé de las Casas, O.P.*, Madrid 1981, de la que ya se ocupó esta revista (ref. *Scripta Theologica* XV/1/1983) y otra de la que trataremos a continuación.

El Padre Medina realiza un estudio muy completo, con una bibliografía actualizada y rica. ¿Quién es Fray Pedro de Córdoba? Fray Pedro de Córdoba O.P. (1482-1521) fue elegido primer Vicario Dominicano en La Española, desde 1510 hasta su muerte en 1521. Ya su edad —28 años— al recibir este encargo de sus superiores indica la madurez que tan rápidamente había alcanzado y de la que dará suficientes muestras al llegar a la Isla.

Su presencia de sólo once años en aquellos territorios recién descubiertos y prontos a la Evangelización, fue de una gran fecundidad. La raíz hemos de buscarla precisamente en el interior de su alma: desde el mismo viaje los doce dominicos (siempre este número, como cuando son enviados los doce franciscanos a Nueva España —México—) viven en austeridad y en un exquisito cumplimiento de la regla dominicana.

Precisamente desde una vida espiritual fuertemente anclada en la oración y en la penitencia, viviendo desprendidos de todo lo material —tan sólo una choza y una mala alimentación—, pudieron elevar su mirada y descubrir el descabro que se estaba produciendo: el indio no era habitualmente tratado como persona humana, libre y responsable, sujeto de derechos y deberes, igual ante la ley. Las atrocidades de algunos de los descubridores hizo que los indios confundieran, en un primer momento, al misionero con un conquistador más, lo que impedía la captación de su benevolencia para la predicación. Pero aquellos religiosos todavía veían más en profundidad: con ese planteamiento no se llegaría nunca a la situación de vasallos del rey de Castilla como los demás (testamento de Isabel la Católica) ni sería respetada su categoría de hijo de Dios. ¿Cómo evitar la esclavitud en la que las encomiendas podían generar?

Es precisamente Fray Montesinos quien pronunciará la homilía del último domingo de Adviento de 1511, teniendo delante a todos los importantes de la Isla; pero es Fray Pedro de Córdoba quien se presentará ante Diego de Colón cuando lleguen las requisitorias.

Esta es la clave de la vida de este gran misionero; la del Vicario de un grupo de Dominicos que habían meditado y llegado a una clara delimitación de los problemas y que proponían soluciones concretas. Es una lástima que esta figura haya quedado eclipsada por otras, como el mismo Montesinos, o Bartolomé de las Casas, o Montolinía.

Su mérito es haber organizado en aquella comunidad un estilo de entrega a la misión que se le había confiado, que marcaría todo un modo de hacer posterior. De ahí que me parezca muy acertado el título de esta obra: *Una comunidad al servicio del Indio*.

El autor articula su obra en cuatro capítulos; el primero —muy breve— reúne los datos sobre la vida de Fray Pedro de Córdoba. En el segundo expone los instrumentos de la evangelización: quiénes fueron los dominicos presentes; los fundamentos dominicanos en la evangelización

de Indias: la observancia estricta de la regla; la intensa oración y el estudio, y el método de evangelización de los dominicos (que se estudiará con mayor detenimiento en el capítulo 4.º). Concluye este capítulo con datos muy importantes sobre los campos de evangelización de los dominicos, en las Indias y tierra firme, en la época de Fray Pedro de Córdoba.

En el capítulo tercero, el P. Medina nos ofrece una síntesis de la trama histórico-jurídica de los primeros años, que —a mi juicio— resulta de particular importancia, pues se ha pretendido reducir la presencia de la doctrina y mentalidad cristiana en las leyes de Indias, a la persona de Bartolomé de las Casas, mientras que es ya anterior esa influencia, en tiempos de Fray Pedro de Córdoba y los demás.

El último capítulo presenta la única obra que nos ha llegado de este insigne dominico. El título del trabajo es *Doctrina Cristiana*. No pretende ser ni un manual erudito ni un trabajo de investigación, sino un manual para la predicación. Tras los datos bibliográficos necesarios (ediciones y adiciones de 1544), el Padre Medina se centra en dos grandes temas. El primero es el método y el segundo la exposición doctrinal. Así nos dirá en la conclusión 4.ª: «respecto al método; hay que resaltar cuatro aspectos: captación de la benevolencia, refutación indirecta de las creencias anteriores y por ello del culto anterior, ejemplificar para una mejor comprensión, y el uso de la Escritura como base de autoridad (al igual que Santo Tomás en su exposición del símbolo)».

Y respecto a la doctrina, no hay que detenerse en la originalidad (no la hay), sino en la sencillez y orden: no pretenden demostrar la fe, sino exponerla con claridad. Impresiona la fe de estos dominicos que confiaban en que expuesta la Revelación con claridad, aquellos hombres creerían, pues Dios estaba empeñado en llenar sus manos de frutos, en una hora en la que Europa se iba quedando a oscuras. De especial interés es la prueba clara de que la evangelización precedía a la administración de los Sacramentos.

La idea de fondo que anima la vida y obra de Fray Pedro de Córdoba y de toda la comunidad es que el indio es hombre creado por Dios a su imagen y destinado a ser miembro pleno de la Iglesia. Quién sabe si de haber vivido más años habría arrebatado la primacía, que actualmente todavía ocupa Bartolomé de las Casas; primacía que la historiografía mostrará, en los próximos años, como injusta. No hubo un protector de los Indios, sino un conjunto de misioneros que entregaron sus vidas desproporcionadamente a la misión: millones de indios les esperaban.

Concluye esta obra con el conjunto de cartas cruzadas por Fray Pedro de Córdoba y la Metrópoli, que constituyen un testimonio directo de la ecuanimidad al informar sobre las distintas situaciones. Estas cartas demuestran un esfuerzo positivo de evangelización y son una prueba de la influencia de la Iglesia en América.

JOSÉ C. MARTÍN DE LA HOZ